

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelve los originales.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-P. E. Ave.—Berlín, Rudolf Moss, Jena-Alte-Markt, 46-49.—La correspondencia al Administrador.

Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor, 46.

Importante para los Agricultores

Banco Hipotecario de España

Préstamos por 5 años, con facultad de entregar y retirar cantidades en cuenta corriente.

Interés de 4.50 % y á 0.60 céntimos de comisión. Los fondos ingresados en la cuenta corriente, ganarán el interés de 4.50 %, prorrateado por días.

Para más antecedentes, dirigirse al único Agente en esta Región.

D. José Sánchez-Doménech
PLAZA DEL REY, 19

La Unión y el Fénix Español
Compañía de Seguros Reunidos
Capital social 12.000.000 de pesetas
efectivas, completamente desembolsada
AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
36 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS SOBRE LA VIDA.—SEGUROS CONTRA INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: HIJOS DE SORO, Jabóneras 23 y 25 pr. a.

Por tierras de Flandes

En Brujas la muerte

Llegamos al anochecer. Y cuando el tren se detiene, á la entrada de la estación, la música de campanas del castillón viene á nosotros, como una promesa de las emociones que la ciudad romántica nos guarda. Quisiéramos entrar en Brujas sin prejuicio literario, sin que el nombre de Rodembach nos obsesionara. Imaginábamos á la capital de Flandes occidental bajo un cielo nebuloso, con el ginecear del agua de la lluvia eterna en las gárgolas de las iglesias, y los tejados negros, entre la niebla, y desvanecidas en el cenital gris las torres agudas y tiznadas. Y he aquí que nos recibe en el más bello y dorado crepúsculo estival que, de hace años recordamos; azul el cielo perfiladas y limpias las aristas de las torres, clara y aérea, la corona de piedra de *heffroi*, alrededor de la que, en locos ziz-zagueos, los vencesos atolondrados van y vienen. Y las campanas del carillón famoso, sonando ca la cuarto de hora, tienen el encanto de uno de esos antiguos relojes musicales, hechos para desgranar el rosario

de sus notas aterciopeladas y cálidas sobre una vieja consola.

La Plaza de la Estación está casi desierta: algunos coches, dos ó tres intérpretes de hoteles. Y una paz de jardín de convento, una paz de renunciación y de ovido, una paz que súbitamente calma nuestros nervios y que vagamente nos suscita un deseo de llorar que hace años no hemos satisfecho, una paz dulce é infinita, nos rodea. A pie, por la calle de las Arenas vamos á nuestro hotel que se llama, como en las novelas de aventuras y de adolescencia, *Hotel del Cuerno de oro*. Es una plazoleta rectangular; hay una estatua de *Sterin*, rodeada de frondosos tilos: humilde plazoleta que nos recuerda las de todos nuestros seculares de ciudades de provincias. Las calles solitarias y torcidas pero llanas; las casas cuya fachada remata al modo flamenco, en triángulos dentellados ó escalonados; las tiendecitas sombrías; y á veces largos y altos muros de jardines ó de patios señoriales ó eclesiásticos, ornados de esquelas mortuorias, de avisos para funciones religiosas, con grandes cruces y amplias orlas de luto.

Como la luz solar se extingue, nuestro paseo hácese incierto y melancólico. En las esquinas, bajo doseletes gó-

ticos ó en hornacinas humildes, esperan no sé qué milagroso renacimiento las vírgenes de piedra ó de madera, alumbrados por farolas de florido herraje y de luz amarilla. Y las callejas van evocándonos, con sus nombres, episodios de la muerte de la ciudad, que las arenas ahogaron—calle de las Arenas del Norte, calle de las Piedras, calle del Pantano ó bien ostentan esos nombres modestos, que son como el esquema social de las ciudades en el pasado, esos nombres que tienen con irregular encanto, por que une á ellos la emoción de las multitudes obscuras, que lucharon y amaron y desfilaron anónimas por la vida—calle de los Toneleros, calle de los Herberos, calle de los Carniceros, calle de los Alfileros,—y esos nombres de ciudad católica, y episcopal, tan dulces y tan poéticos,—calle del Calvario, calle de Santa Clara, calle de las Vírgenes, calle del Valle de las Rosas, calle de San Juan—y en fin, esos nombres enigmáticos, que saben á conseja y á leyenda, esos nombres que despiertan nuestra curiosidad y nuestra perplejidad, esos nombres en los que parece residir el aroma y el secreto de las ciudades románticas—calle de la Mano de oro, calle del Saco viejo, calle del Pozo de los Cisnes, calle Verde, calle del Asno ciego....

Y á lo largo de las calles, ó atravesándolas, los canales de agua muerta. Los canales que en esta hora crepuscular tornan un aspecto fantástico: el agua es, según los efectos de luz, como una lámina de estaño, ó de acero, ó como una tela de seda oscura, sobre la que se deslien en gusanos espiriformes las estrellas temblorosas, ó como una masa negra que á intervalos fosforesce, al amparo de los marizos de árboles sombríos, ó de los muros de los palacios verdinosos por la humedad centenaria. Los arcos de los puentes se redondean, se completan copiándose en ella; y á veces, en un canal más ancho, tres ó cuatro blancos cisnes bogan serenamente, uno tras otro, como en una lámina simbólica.

Cuando regresamos, mediada la noche, á nuestro hotel, una muchacha rubia, vestida de negro, nos aguarda, y con una luz en la mano, vá guiándonos por los corredores alfombrados. No se oye el ruido de nuestros pasos, y al entrar en la alcoba, el perfume de unas rosas recientes, sobre la mesa, nos sorprende. ¿Quién habrá aromado

con las rosas rojas, nuestro dormitorio? Y la muchacha, si enciosa y discreta, aléjase por el largo pasillo. Quedó abierto el balcón. Hormiguan las estrellas, en el cielo remoto, empolvado de plata. En vano quisiéramos dormir: el silencio nocturno québrase á cada instante con las notas sonoras, escalonadas, del carillón. ¡Campanas de Brujas, campanas musicales, campanas pequeñas que cantais las horas con atiplada y dulce voz, ó con acento ronco de *de profundis*, ó con amable sonoridad de barítono, campanas centenarias de esta vieja ciudad donde inútilmente quisiera cerrar los ojos esta noche, jamás volveré á oírlos! Y os oigo, por eso, con una ansiedad que á cada intervalo crece. Y cuento las horas, que rodeais de maravillosas melodía, y que dilatais, en oleadas armónicas, por sobre la campiña, por sobre los canales, hacia el mar... Hasta que el alba ilumina de violeta y de rosa el horizonte. Y me levanto irrisomne, alormentado por un anhelo que no podría aplacarse, con una honda melancolía por lo pasado, con una abunda perplejidad, por lo que ha de venir, en mi vida, en nuestra vida sin rumbo....

Hoy es, en Brujas, día de mercado; excepcional animación, por tanto en la Gran Plaza. Van y vienen las campesinas, tocadas á la usanza de Flandes, Discuten con los mercaderes, instalados en sus tenderetes frágiles, entoldados de lona, en medio de la calle. Caminamos nosotros entre ellas. Entramos en *San Salvador*. La arcaica iglesia, iluminada por los vitrales coloreados, pintados los pilares y los arcos de las bóvedas, producen una impresión de extrañeza y de asombro. Algunas mujeres rezan en los reclinatorios.

¿Quiénes serán estas muchachas rubias y graves que repasan su libro de devociones, en esta clara mañana, de este día laborable y estival? ¡Vidas olvidadas y humildes vidas arinconadas que se consumen en un anhelo místico! Mientras desambulamos por las naves laterales, contemplando los lienzos de *Jac. van Oost* el viejo, de *Laciseis*, de *Eloy de Witte*, de *Oriej*, y algunos trípticos de los primitivos flamencos, prosiguen las mujeres su rezo abstraídas, bajo la mirada marmórea y augusta del Dios Padre, que corona la portada del tránsito, obra de *Quellin* el joven.

Inclinadas sobre los reclinatorios, la luz matinal bruñe las nuca nacaradas

y convierte en una humareda de oro los rizillos blondos: tan inexpresivamente dulces é ingenuos los ojos azules, que parecen trasladados del lienzo de las vírgenes, compañeras de Santa Ursula, que ejecutara Memling...

En las calles soleadas como en cualquier ciudad castellana, la soledad vuelve á reinar. El carillón suena á intervalos: responde las campanas bronce de *San Salvador*, las campanas suaves de *Nuestra Señora*, las campanas infantiles y jubilosas del *Orfelino*, las campanas monjiles de las *Carmelitas*, las campanas del Convento de damas inglesas, de la ermita del *Ceguinaje*, de la capilla de la *Santa Sangre*, de *Santa Magdalena*, del *Seminario*, de los *Hermanos negros*, del Manicomio de *Santo Domingo*, del *Sagrado Corazón*...

Cuando volvemos al hotel, las rosas de nuestro cuarto han sido renovadas. Pero nosotros no separamos ya aquí. Como, al llamar, acude la doncella rubia y callada, á tiempo que nos despedimos, la interrogo:

—¿Quién ha puesto estas rosas en nuestro cuarto?

Dice, sonrojada e sonriente que lo ignora. Entonces, antes de partir le ruego que me diga su nombre.

—Les daré una tarjeta del hotel—nos contesta, simulando no haber comprendido bien.

—No es el nombre del hotel, sino el vuestro—insisto—el que quiero saber, para tener de Brujas ese recuerdo.

—¡Ah! ¿El mío?—responde ruborosa—Me llamo Gabriela.

—Pues bien, Gabriela, nosotros recordaremos siempre vuestra cabellera bondada, y vuestros ojos del color de turquesas, y vuestras manos que han tenido para nosotros, sin saber por qué, la galantería de estas rosas, en una hostería de una ciudad de Flandes, á donde hemos llegado y de donde salimos como dos hidalgos, sin dar nuestros nombres, que, por lo demás nada os dirían. Y hacemos votos por que pronto tengais un novio, y os caseis y seais dichosa como en el final de los cuentos de hadas; que bien lo merece vuestra gracia inocente, vuestra infantil belleza y vuestra ingenua galantería.

Escucha ella este discurso con delectación de cosa dulce é inaudita. Sa limos por la calle llena de sol que reverbera en el agua de un canal, á nuestro paso. La ciudad parece deshabitada. Ni un rumor, ni un movimiento de vida. Sobre el canal de Ostende, una barca holandesa muestra plácida su

enorme y roja y cuadrada vela. Y el humo negro del remolcador que arrastra patachas cargadas de madera, sube recto, casi macizo, hasta el cielo limpio y sereno.

Juan Pujol.

Brujas, Julio 1911.

ROMANTICA

Oh gentil trovador, tu voz divina
Parece en mi espíritu que me besa,
Quisiera ser pliebeta, no duquesa.
Para ser otra nueva Colombina.

Quisiera que mi puente levadizo
Rompiera sus fatídicas cadenas;
Que tú me consolaras en mis penas
y que siendo mi rey fueras mi hechizo.

Y suspiró otra vez la mandado
Perjiéndose la nota en la neblina
Pudorosa que envuelve la mañana...

Y mientras que la nota se alejaba
La romántica amante, meditaba
Entre elegir ser reina ó ser gitana.

J. Lopez Rubio.

El mitin de ayer

Ayer mañana se celebró en el Teatro Circo el anunciado mitin liberal.

Antes de dar comienzo al acto, el amplio local de dicho coliseo se encontraba completamente ocupado por una numerosa concurrencia.

El consecuente demócrata D. Ricardo Serrano que presidía el acto, sin más méritos, según dijo, que por razón de edad, pronunció un breve discurso en el que con frases sinceras dijo que solo anhela el bien de Cartagena á quien quería como si fuese un país natal.

Después hizo la presentación de D. Enrique Martínez Muñoz que era el que debía de hacer uso de la palabra para rectificar algunas afirmaciones hechas por el Sr. García Vaso en el mitin último, según decía la hoja repartida con gran profusión para este acto político.

Al presentarse el señor Martínez Muñoz fué saludado con entusiasta aplausos y este comenzó á hacer uso de la palabra con la sinceridad que corre pareja con su altéz de miras.

No damos cuenta de los brillantes párrafos de su discurso porque este fué tomado en notas taquigráficas y se ha repartido con gran profusión, solo si debemos de hacer constar que las declaraciones hechas por tan elocuente orador fueron de gran trascendencia.

que se llevó á ejecución, los clamores contra el alistamiento fueron universales, no sólo por parte del estado llano, sino también por parte de la aristocracia.

La decretada milicia era una arma política que los reyes trataban de oponer á la nobleza, que llena de soberbia y egoísmo oponía constantemente una resistencia pasiva, pero molesta é irritante, á sus voluntades soberanas y despóticas.

Comprendido por la nobleza tal propósito, desde los primeros momentos hizo causa común con el estado llano, y unidos ambos brazos del Estado dieron una ruda batalla á la corona en las Cortes del Reino.

La inmensa mayoría de los procuradores á Cortes se empeñó en apoyar las representaciones que contra la proyectada milicia elevaron al Rey la mayor parte de las villas y ciudades de la Monarquía.

Decían aquellas Cortes: «Que una vez organizada la milicia se inquietaría la juventud y acabaría por abotrecer el trabajo, haciéndose los jóvenes viciosos, pendencieros y vagabundos.»

Por su parte la ciudad de Cartagena representaba al Rey: «Que la referida institución traería gastos ruinosos á su municipio, causando á la vez mucho daño á la moral de la juventud y un atraso

Un día entró Antón Pica en una casita, en la cual se encontraban algunos oficiales embriagados en el juego.

Entre aquellos oficiales había un alférez llamado Juan de Inestrosa, hijo de una familia ilustre de Valladolid.

Aquel alférez tenía una suerte decidida y amontonaba el oro bajo sus codiciosas manos.

Dos ó tres veces, el afortunado alférez, había invocado excusas para retirarse, temeroso de que cambiara la suerte y le hiciese perder el oro que ganaba, pero sus compañeros que perdían le contuvieron con sus palabras más premiosas de las que en vano trataba de desentenderse.

Entró Antón Pica en los momentos en que Inestrosa se resignaba á su pesar á continuar jugando pero cuando vio á aquel se levantó, recogió el oro que ganaba y con desdén supremo dijo á los jugadores:

—Sería en vano que os empeñáseis en hacerme jugar; lo he hecho gustoso mientras me halla con hidalgos pero ahora es diferente,—añadió mirando á Pica con desprecio;—un Inestrosa sabe guardarse el respeto que su hidalgía le impone y supongo que como hidalgos que vosotros sois, acataréis este respeto.

Dichas estas palabras se salió de la sala seguido

Lo que más le irritaba era la inconsecuente conducta de los nobles. Dispuestos estaban, sin embargo, á darse por satisfechos con tal de que los hijos dalgos formaran en sus filas, cuando vieron indignados que estos hicieron sus puebas de nobleza ante una comisión nombrada por el Rey á fin de exceptuarse del servicio, y que se disponían á ayudar á las autoridades para obligar á los ciudadanos á ser alistados por el Municipio.

No eran ciertamente los cartagenos los que más debieran resistirse á tomar las armas en defensa del Reino.

Desde el año 1570 se habían organizado tres numerosas compañías ó banderas, como á la sazón se intitulaban, pues á causa de la rebelión de los moriscos andaluces, D. Felipe II ordenó al príncipe D. Vespuciano de Gonzaga, que fortificara esta plaza poniéndola á cubierto de un golpe de mano de que se veía amagada por los turcos; y aquellas compañías, formadas por ciudadanos voluntarios, acudían presurosos al toque de rebato á defender la población y á salir á las costas á rechazar el desembarco de los moros.

Tal inconsecuencia de parte de los nobles tenía irritadísimo al común de la ciudad y se preparaba acontecimientos ruidosos, quizá preñados de desgracias.